

cual la M^{te} Nicolasa se habia gobernado. Si como se me traslució su acertada dirección hubiera percibido tambien algunas particulares noticias de lo que hacia por este tiempo, no dejaría privada su buena memoria de ellas. Solamente pude venir en conocimiento de ellas (verdad es que no hize pregunta de ello particular del deseo que inspiraba ó fomentaba el P^{te} en su hija de la salvación eterna. Punto es este tan digno de llevarlo siempre delante de los ojos, en que hallé bien solidada á la M^{te} Nicolasa, que no me permitió insinuarle pensamientos de temor). Despues de su fallecimiento he sabido, que muy niña llevada de este deseo, vuscando la salvación, abrazó la Religión.

Queriendo probar el confesor si era sólida la vocación ó tenia algunos fines que no fueran mirando al cielo, para ponerla en su orden debido, la dijo un dia: que si entraba monja se condenaba; á lo cual ella se intimidó naturalmente y con inocencia respondió no de otra suerte que si lo tubiera muy pensado que ella lo que pretendía era salvarse y de ninguna manera queria su perdición; que como su confesor la mandase lo que habia de hacer y eso haría. Entonces el P^{te} la exortó muy consolado á seguir el llamamiento de la divina voz que no admite engaño en cosa de tanta ventaja para el servicio de Dios. De donde yo infero que sacó el aprecio y estimación que poco ha tengo referido de su vocación. Porque no puede ser otra cosa sino que habiendo formado concepto de que en ser Religiosa estaba el que fuera eternamente bienabenturada, ai mismo debía lograr el consuelo, quietud y serenidad como prenda de su futura suerte. Es del todo cierto que conforme á la recta razón nunca pudiera uno abrazar un modo de vida que no admite delicias sino penalidades y mortificaciones, no sufre honras, antes lleva un constante vencimiento de cualquiera pasión que brote, y no abunda de los bienes de este mundo sino que solo se alimenta de la esperanza de los futuros en el Cielo, de otra manera que con un ardor noble, un ansioso suspiro de ser del número de los escogidos.

Fluctuan todos en el siglo entre los pensamientos de temor y esperanza de la Divina elección, si cayó sobre ellos; aunque deben confiar sin término en la Preciosísima sangre de Ntro. Amantísimo Redentor Jesús con que todos fuimos rescatados. Pero, ¿á donde buscaran firmeza que no permita duda de estar escritos sus nombres en el libro de la vida? En la Religión es muy al contrario. Nos enseña Sn. Lorenzo Justiniano porque dice el Sto. dos veces Pa-

triarcha, ha de esperar seguramente haber de entrar en la soberana Jerusalem quien se ha sentido llamar á la Congregación de almas justas, que no es otra cosa la Religión y ha puesto por obra el divino llamamiento; porque es un grande indicio de la elección de Dios para aquel inesplicable bien lograr en esta vida, la sociedad amorosa de hermandad semejante. Fúndase mas esta seguridad en el Patrocinio singularísimo de la siempre Virgen M^{te} con todas las Religiones. Porque no hay alguna de las innumerables que hermosean el ameno y florido campo de la Iglesia Sta., en que no haya tenido la mejor y mayor parte en su fundación y aumento esta Dulcísima M^{te} Ntra. Muy facil me fuera tener en este lugar, una larga serie de las mas favorecidas sin competencia alguna, bien que cada religioso piensa ser la suya bajo la cual vive, reconocimiento debido á su incomparable beneficencia; pero me llama y no puedo detenerme, la prodigiosísima fundación de ese Sto. Convento. Esta se hizo por orden expreso de la Soberana Reyna, dando voz á su Portentísima Imagen de la Salud, para que allí mismo en su Santuario Augusto se fabricase un Monasterio de Religiosas Dominicas, que vivieran consagradas á su servicio y culto. ¿Quien podrá dudar que la M^{te} Nicolasa debia vivir, como siempre vivió consolada con el grande indicio de la Divina elección para la gloria, manifestado en su vocación á este determinado Convento. La esperanza es muy segura en tan propicia coyuntura, mucho mas cuando se esmeró como despues diré, en obsequiar y servir á la gran Señora.

Establecida y muy radicada en su vocación habia de pensar seriamente que no le pide menos la gravedad de la materia en la observancia de los cuatro sagrados Votos que tenia ofrecidos á la Magestad Soberana de su Esposo Divino Jesucristo Ntro. Sr. Pues si el faltar á la palabra se ha dado á una persona humana es tan fea nota y muy vituperable á la vista de los hombres, cuanto mayor y mas denegrido llena todo de confusión, la inconstancia y deslealtad con que no se guarde puramente la buena fé dada al mismo Dios á una persona Divina la misma segunda de la Trinidad Sma. ¿no aparecerá á cualquiera ojos? Veló por eso la M^{te} Nicolasa en su guarda que nunca se olvidó tan continuamente de las obligaciones en que la habian puesto, y esta era la causa porqué luego que entraba en exámen de su conciencia delicadamente se detenía en buscar si habia caído en falta por ligera que fuere para sugetarla á la penitencia. Despues llegando á este Tribunal su confección se re-

ducía á esta fórmula que siempre usaba: me acuso de las faltas que he tenido en la observancia de mis cuatro Votos que aunque no conozco cosa particular, lo atribuyo á mi ignorancia y pido á Dios perdón de ellas, como también de lo que he faltado en mi santa Regla y Constituciones. Con mucha razón especificaba, y añadía este te último, como que es indicio del especial cuidado y vigilancia que estaba obligada á tener en guardar la regla y Constituciones de que pende lo mas esencial de la religión en la observancia de los cuatro Votos. Estos son los muros fuertísimos con que está defendida en la Religión la ley santa de Dios de los riesgos del mundo: pero toda su seguridad consiste en aquellos que son el ante mural. Pues cierto es que nunca el Demonio pensará en combatir el muro de los Votos si primero no tiene deshecho el ante mural de la Regla y Constituciones. De uno y otro dió ejemplos de mucha edificación la M^{te} Nicolasa. Solo me contentaré con hacer individuación de los Votos.

El de la Pobreza lo observó exactamente experimentando muchas veces los rigores de ella. Es cierto que esta virtud que el mismo Dios nos enseñó haciéndose Hombre y con su ejemplo nos quitó el horror natural á ella, no consiste en carecer de las cosas necesarias, ni precisamente en no tener superfluas sin destino alguno conveniente; sino en el desapego interior del alma á estos bienes corruptibles, de suerte que se poseen sin amor y sin dolor se dejan.

Muy poco ó casi nada tenía la M^{te} Nicolasa y no por eso estaba descontenta, ni solicitaba cosa alguna sino es por socorrer aquellas niñas que su caridad con el vinculo de la sangre la había obligado á tener consigo. Su desapego fué bien reparado porque como no tenía afecto á sus cosas desordenado, con gran liberalidad daba luego lo que tenía, si miraba en otra persona necesidad, ó se había agradao de ella. Su tormento era no tener que dar porque para sí nada quería.

En tiempo que aun no tenía celda acomodada para vivir, dormía en una pieza harto incómoda, logró por su diligencia que se le compusiese un cuarto quitando un tabique. Con muchas ansias deseaba verlo acabado por mudarse á dormir con algun alivio, cuando, he aquí, un ejemplo lleno de caridad con que adornó, acaso nunca mas su pobreza; porque habiendo algunas monjas, que no tenían absolutamente en que vivir, ella las acogió en el nuevo cuarto, quedándose ella por entonces en su incomodidad. Sacrificó á Ntro Sr.

el gusto de estrenar su obra por el consuelo del abrigo que mas había dado á las Religiosas, su corazón despegado que el mismo aposento.

En la Pureza que es una flor tan delicada, que aun el aire mismo la ofende, una blanca azucena que se marchita pronto si se desune de la vara, un jazmín fragante que se evapora luego que se corta para olerlo, una rosa llena de vergüenza que afea y encoge perdiendo su hermosura al mismo tiempo que se toca, fué el esmero de la M^{te} Nicolasa por toda su vida para conservar sin mancha esta celestial virtud. Su virginidad acaso por especial organización de su cuerpo fué causa de sus accidentes tan graves, pero no la pasaba por el pensamiento semejante cosa, y si alguna vez la poca refleja se deslizó inadvertidamente en decírselo, fué ciertamente sin haber hecho impreción en ella, porque siempre tubo la devida estimación de esta prenda natural que con aprecio y devoción se consagra en holocausto al Esposo Soverano de las almas que le ha de conservar para gloria suya.

Muy abundante consiguió de la mano de este Sr. la gracia para su conservación, pues no solo se preservó del contagio de un amor ilícito, que no es obligación estrechísima muy celada en la religión, sino aun de aquel amor vano que solo podía distraerla. Su lengua la guardó pura y muy ajena de palabras menos decentes que pudieran ofender oídos menos temerosos de Dios, antes era tan recatada que no se atrevía por sí misma á los Médicos para dirección de su cura sino que llena de vergüenza virginal se valía del confesor ó de otra persona que lo hiciera. Los malos pensamientos que le ocurrían aunque no con frecuencia ni vejación, con todo por ser la materia de suyo tan delicada y el juicio de Dios tan sereno los sujetaba á la confesión Sacramental, acusándose de todo su corazón, si acaso había tenido algun descuido en los ojos de Dios en admitirlos ó negligencia en desecharlos.

La Obediencia que es el caracter de la Religión y el principal voto que se profesa, como nos enseña el Angélico Doctor Sto. Tomás y es como el compendio de todos. Fué muy observado de la M^{te} Nicolasa, dejando de esta virtud ejemplos muy edificantes. E motivo con que valoraba los actos de ella era de mucho mérito, porque los unía con aquellos divinos del Hijo de Dios hecho Hombre que vivió Súbdito á sus Padres Santísimos. Bien se conocía esta humilde sugestión de la M^{te} Nicolasa á la Obediencia por lo que

determinó su Prelada mas de una vez sustituir su lugar en otra persona. Fué el caso que con sus enfermedades, tenia muchas impertinencias, miseria humana, algunos antojos nocivos, nausea para comer y hastio de tomar los medicamentos, con otras cosas semejantes que acompañan ó siguen á los accidentes largos; pero que no deslustran la virtud á buenos ojos, cuando no se experimenta por otro lado diformidad en el estado de la vida. La M^{te} Priora, que entonces era, para ocurrir á los daños que podian sobrevenir de la condescendencia en estas cosillas, con la seguridad que le daban sus religiosos procedimientos, la intimó que obedeciese á ojos cerrados, como á su misma persona, á la niña su compañera que con gran caridad y amor la asistió por algunos años hasta su muerte, en todas sus recaídas. Admitió resignadamente esta nueva sugestión y jamás quebrantó sus leyes, antes las ocasiones que llevada del accidente, ó estimulada de la acrimonia del humor dejaba salir su inclinación, la asistente caritativa se valia habilmente de la voz de la obediencia; y al oirla luego al punto se rendia la enferma y la mandaba á su voluntad. Resolución es esta solo para una verdadera obediente no dificultosa. En cierta delicada coyuntura recibió un orden preciso de su Prelada en cosa perteneciente á su oficio: y como se vió tan afligida, hallándose entre dos aguas, por otra parte era muy arduo para ella lo que se le mandaba por otra el dejar de obedecer imposible para una Religiosa, recurrió á mí diciéndome que la enseñara á obedecer y como debía portarse en los lances que de suyo tenían dificultad sin faltar á la obediencia. Con la instrucción que se le dió tuvo el consuelo de salir bien de su perplexidad á costa de una leve mortificación y procedió con gran prudencia.

A mi, ciertamente me tenia sumamente edificado con aquella sugestión rendida y admirable obediencia con que me trataba que no pudo dudar el que recibía mis palabras como si salieran de la boca de Jesucristo Ntro. Sr. Yo en esto tengo dos experiencias que jamas me han faltado. La una que conozco la invisible asistencia del Sr. para determinar muchas veces, de modo que separado del ministerio hago juicio no tomarlo aquel camino y veo que es el mas derecho como las palabras que entonces se me ofrecen, las mas oportunas y proporcionadas á la ocasión. La otra, que siempre se acierta por peligroso que sea el lance se logra el consuelo, paz y

serenidad en la ejecución y prosperamente se recibe el suceso cualquiera que sea.

Siempre me consultaba la M^{te} Nicolasa todas sus dificultades, cuanto se le ofrecia y le apuraba y despues con mi respuesta quedaba totalmente satisfecha. Algunas veces por encontrar inconvenientes en lo que ella queria no me conformaba con su gusto y le decia con libertad mi parecer seguro de con quien hablaba y jamas me sucedió que me resistiera aunque yo quiciese lo contrario de lo que ella deceaba ni que dejara de obedecerme. Son imponderables los consuelos que recibió la M^{te} Nicolasa con oír siempre á su Confesor como al mismo J. Cristo. No solo conmigo, con los que tuvo antecedentemente, por noticia que saqué de ella casualmente, conocí que lo mismo era dársele una resolución que al punto se serenaba y quedaba en suma paz y sosiego sin perturbación alguna. De donde claramente se colige que no obedecia, si no es mirando á quien por su Confesor la dirigia que es J. Cristo Ntro. Sr. con lo que tenia feliz suceso en todas sus cosas.

Asi en los oficios que le encargó la Obediencia se portó ejemplarmente. En el de escucha ó asistente en las rejas, para prevenir la edificación que se debe dar, como cosa que sale al público fué su prudencia la que hizo amable una ocupación expuesta á tener algun disgusto. En el de seladora del silencio del Convento, sobre su esmero en cualquiera cosa, añadió una vigilancia, pero llena de suavidad con que consiguió mucho. En el último de tornera, que unicamente se lo dió su Prelada porque se divirtiera y no porque lo tomara de tarea, pues por eso fué señalada en tercer lugar, fué su constancia en servirlo, tanta, cuanto le permitian sus enfermedades. No por cualquiera indisposición dejaba de venir al torno, era menester que fuera tal que la postrase. A mi me era necesario ya unas veces animarla para que no se estuviera consumiendo de melancolia en su celda, ya otras acordarle la discreción con que se le encargó el oficio porque no se viniera muriendo; segun me parecia por el informe que me daba en todo obedecia con gran rendimiento.

El cuarto voto de clausura, sustancial en la profesión de una religiosa, no es mucho que lo observara perfectamente en sí; pero añadía con sumo cuidado y examen prolijo que alguna vez degeneró en escrúpulo para asegurarse de que habia verdadera necesidad para que entrase dentro del Convento por su causa alguna per-

sona. Muchas veces me consultó sus escrúpulos en este punto, pero en un instante quedaba serena con la resolución que de mí oía.

Con el ejercicio y observancia de los cuatro votos, tengo bastante expresado, que la M^e Nicolasa se esmeró en las tres virtudes divinas, que Dios nos infunde en el Sto. Bautismo, porque ¿como podría nunca verificarse, que una niña teniendo á la vista el esplendor del mundo, entre en las sombras tan oscuras, que no dejan ver las cosas espirituales, lo renuncie con resolución verdaderamente heroica, menos que encendida dentro de tales tinieblas, la antorcha de la fé que la alumbró? Y mas porque siempre tuvo constante su determinación que no podía sin la luz de aquella viva llama.

Quando semejante delicadeza á la de una doncella dejaria por la esperanza de los bienes del Cielo, aquellas otras esperanzas que no pocas veces le franque el aplauso, abultándolas mayores la imaginación viva de lo que son en verdad. Lo cierto es que la M^e Nicolasa esperó en Dios con aquella filial confianza que su Magestad le inspiró como adelante declararé en su última enfermedad.

De su caridad con Dios solo tengo que decir ahora que su amor venció al natural que tenia á sus padres. Y en verdad que era la M^e Nicolasa de un genio tan amoroso, que unicamente por Dios se puede concebir que los hubiese de dejar. Sobre esto hay que añadir una relevante prueba: que siendo la virtud de la caridad la que valora y da precio incomparable á todas las demas virtudes, jamas estas hubieran tenido aquel esplendor brillante, con que se dejaban ver en la M^e Nicolasa á no haber en ella mucho amor de Dios, que las diera vida mérito y estimación en los Divinos Ojos.

Yo no quiero que en toda su vida parecieran á toda vista como ahora las testifico; pero como se me conceda lo que no dudo ni se puede negar que procedió en cuanto vivió en compañía de VV. RR. estimulada de tantos ejemplos con edificación. Diré que sucede á una verdadera religiosa como la M^e Nicolasa con sus virtudes, lo que á nosotros con los rayos del Sol que dispersos vemos que solo fomentan de suerte que no es mas que recreo, pero si se recogen en un vidrio graduado, entonces abrazan toda materia combustible y levantan llama en pábulo proporcionado, hasta poder encenderse una antorcha refulgente. Esto es lo que se hace despues de la muerte para con las personas de sana intención cuando se escribe una vida edificante. Por último cuanto digo de la M^e Nico-

lasa es producción legítima de su amor de Dios, que tiene ya según una viva persuasión eternizado en los cielos.

Mas visible como sugeta á muchos experimentos es la caridad fraterna ó con el prójimo, Virtud tan necesaria, que cansados los discípulos del Evangelista Sn. Juan, de oír que siempre los exortava á ella en su última ancianidad, le preguntaron la causa de decirles una misma cosa siempre. Y respondió dice Sn. Gerónimo, una sentencia digna de Sn. Juan. Si esto se hace basta. Nuestro Glosiosísimo P^e y Patriarca Sn. Ignacio de Loyola, que fué revestido de semejante suavísimo espíritu al del Dulcísimo Evangelista, no queria que se tratase de otra cosa, sino de lo mas importante, la caridad. En esta se esmeró la M^e Nicolasa de suerte que los mismos actos, como efectos que arguian una gran causa mostraban cuanta era su caridad la que reinaba en su corazón. Este era muy compasivo y tierno, tanto que sus parientes por consuelo, recurrian á comunicarle los pesares y congojas en que se hallaban, como que reconocian en ella unas entrañas suavísimas que les decia á un mismo tiempo palabras edificantes en orden á la conformidad con la Voluntad Sma. de Dios, y otras tan humanas que les significaban cuanto sentía sus penas y trabajos. Despues de esto revolviendo en su pecho que habia quedado sumamente dolorido que no estaba en su mano el remedio se desahogaba en copiosas lágrimas. Lo mas del tiempo que vivió religiosa fué una continua succión de aflicciones por estas lástimas y apuraciones de los suyos. Yo bien me hago el cargo de que esto es muy natural y mas en una muger de Pátzcuaro que son aquí muy amorosas y en extremo enternecidas con los suyos, y por tanto no basta para calificar una virtud que debe fundarse sobre excediendo aquellos límites que la naturaleza enseña solamente. Pero tampoco tengo duda que es este cimiento seguro que hace muy creible lo demas. Como se persuadiria que tenia corazón amante para los extraños, para con todos, si para los suyos, sin bastar el vinculo de la sangre lo mostraba duro. Fabricó pues el edificio alto de su caridad, sobre el fundamento de un genio suave y amoroso. Mas aun no lo tenia hecho todo. Porque si es verdad que es el corazón de una muger el abrigo propio que halla facilmente el amor, tambien es cierto que convirtiéndose á lo contrario del odio, no hay ira dice el Espíritu Santo, comparable con la ira de la muger. Es esta pasión una fiera indomable, una furia desatada, como un veneno tan reconcentrado y activo que quisiera con el aliento